

LIBROS RECIENTES

COLOMBIA DENTRO DEL LABERINTO

Jeanny Pearce
Altamir Ediciones
Bogotá, 1992

Jeanny Pearce, ensayista inglesa, pertenece a ese género de intelectuales, sobreviviente al paso del tiempo, a quien los cambios parecen no importarle. Aferrados a una interpretación marxista de la realidad, insisten tercamente en explicar los hechos sociales con la ayuda de la teoría de la lucha de clases y en establecer que las injusticias son el producto de sólidas alianzas entre los sectores dominantes de la sociedad.

Su obra, *Colombia dentro del laberinto*, aparece escrita con el lenguaje de siempre, los hechos de siempre y las conclusiones de siempre. No hay nada innovador, ni en la información, ni en el análisis. El libro contiene las guerras partidistas, la república oligárquica, las dos economías —la del pueblo y la del Banco Mundial—, los movimientos campesinos y sociales, la lucha guerrillera, la represión oficial, las consabidas citas de Antonio Caballero, y la irremediable confianza para hablar de Camilo cuando se habla del sacerdote Camilo Torres.

El tema luce desaprovechado. Nadie ignora el ritmo de la violencia, ni la alta concentración del capital, ni la cantidad creciente de pobres, ni los problemas de servicios públicos, ni los efectos del negocio de las drogas, ni la incapacidad del Estado para responder al terrorismo, ni la carga de la deuda externa, ni la desaparición de campesinos, ni los efectos inciertos de la Asamblea Constituyente convocada hace un par de años para crear una nueva Constitución.

Pero, en vez de la denuncia amarga y el análisis recortado, habría podido prevalecer el juicio atinado y la percepción correcta. La violencia tiene raíces más allá de la pobreza; la concentración del capital se origina en la construcción mercantilista de nuestra economía; la pobreza no existe, como cree Pearce, porque en Colombia haya sido débil la intervención del Estado; la ausencia y mala prestación de los servicios públicos quizá se ha debido a su naturaleza de servicio público. Los estragos de la droga, al igual que el terrorismo —estamos de acuerdo con Caballero—, deben hallarse en la prohibición del consumo. La deuda externa es el resultado de la creación de empresas estatales y no el producto de unas condiciones impuestas desde el extranjero. Los campesinos desaparecen porque son obligados a ingresar a la guerrilla. Y a na-

I TRIMESTRE 1993

die se le impidió tomar parte en la Asamblea Constituyente. A ella llegaron, incluso, varios que jamás se sometieron a la decisión popular.

El ensayo de Jeanny Pearce no sirve de orientación para moverse dentro del laberinto que es Colombia, como se afirma en el libro. El laberinto termina siendo sus ideas y, por tanto, su propio libro.

Mario Jaramillo

GOLPE Y ESTADO EN VENEZUELA

Arturo Uslar Pietri
Grupo Editorial Norma
Bogotá, 1992

A Arturo Uslar Pietri, dedicado durante su vida a una cantidad prodigiosa de menesteres intelectuales, sólo le cabe una definición: la de humanista. Desde esa condición sublime resulta posible interpretar los fenómenos humanos, sobre la certeza de que el error atribuible siempre será menor al que puede derivarse de quien sólo, por destino o por vocación, ha preferido ser especialista en algo. El humanista, a diferencia del especialista, reconoce en el hombre una combinación infinita de factores recónditos.

El mejor conocimiento, es decir, el conocimiento del humanista, ha servido a Uslar Pietri para ir al corazón de Venezuela, su patria, y hallar explicaciones sensatas a su penosa y tambaleante realidad. *Golpe y Estado en Venezuela* es el sumergimiento de un historiador, a la vez protagonista de algunos sucesos, en las venas explosivas de una nación cuyos gobiernos se han caracterizado, secular-

mente, por tener buenas intenciones y haber hecho muchos males. Una historia que le es común a casi toda Latinoamérica.

Uslar Pietri, para explicar el intento de golpe militar del 4 de febrero de 1992, no cae en lugares comunes. Esos lugares comunes con que los historiadores extranjeros nos describen a menudo por no querer profundizar o para justificar que, sin ellos, la novela latinoamericana no habría sido nunca exitosa.

No. Uslar Pietri, por el contrario, afirma que los hechos del 4 de febrero no deben mirarse aisladamente. Los males de hoy tienen su causa en el despilfarro de la riqueza petrolera en el que han incurrido los gobiernos. Una riqueza que se originó a partir de la promulgación de la ley de hidrocarburos en 1943 bajo el gobierno de Isaias Medina, derrocado en 1945 mediante una conspiración militar en la que participó el Partido Acción Democrática. Ella fue la que condujo a un gobierno de facto encabezado por Rómulo Betancur y, luego, a la elección de Rómulo Gallegos como presidente de la República.

El petróleo, desde 1958, le permitió a Venezuela recibir unos ingresos que nadie estaba preparado para manejar. Sobrevino, entonces, el gasto público desmesurado, que coincide con una dirección de la economía en manos del Estado, cuya generosidad gestó el paternalismo y acarreó la corrupción y el enriquecimiento ilícito. A ello se le sumó un pacto político, que si bien cumplió sus funciones estabilizadoras en momentos difíciles, también adormeció a la oposición.

Unos textos cortos y buenos completan la nueva obra de Uslar Pietri. Sus opiniones sobre Adam Smith,

la economía, la crisis del Estado benefactor, la corrupción, los pensadores latinoamericanos, además de algunos escritos sobre su propio país, iluminan soberbiamente a quien tenga el gusto de leerlo. El libro, agotado ya en una ocasión, es una prueba de que los humanistas también escriben *bestsellers*.

Mario Jaramillo

LA INICIATIVA PARA LAS AMERICAS

Centro de Estudios Internacionales
Foro Interamericano
Fundación Simón Bolívar
Bogotá, 1992

Ha sido un arduo camino para América Latina el del desarrollo. La confluencia de factores históricos han creado en la actualidad una coyuntura de difícil resolución para la región en términos no sólo económicos sino sociales y políticos. Ha contribuido a esto, indudablemente, la actitud paternalista adoptada con frecuencia por nuestras naciones. Sin embargo, el surgimiento de una nueva tendencia en el orden internacional, aunado a hechos tan importantes como el fin de la guerra fría, la constitución de megabloques económicos y el retorno a la democracia en gran cantidad de países parecen plantear una nueva perspectiva en la búsqueda del tan anhelado desarrollo.

La Iniciativa Bush para las Américas pretende ser eso: una respuesta a los desafíos de la nueva era; una revaluación de la relación Norte-

Sur planteada en términos de interdependencia.

Para el logro de sus propósitos, la Iniciativa se apoya en tres pilares a saber: a) comercio: para expandir el intercambio es necesario emprender el proceso de conformación de una amplia zona de libre comercio de carácter hemisférico. Allí los países socios contarían con mercados más abiertos y podrían disfrutar de los beneficios de la Reforma Económica, propiciando de esa manera condiciones más favorables para atraer la inversión extranjera, así como la reducción de su deuda externa; b) inversión: durante la década de los 80 los países tanto de América Latina como del Caribe atravesaron un difícil periodo de reajuste económico, debido a la disminución del comercio, a desequilibrios financieros, a la fuga de capitales y al bajo crecimiento de la economía. En este punto se pretende básicamente promover regímenes más abiertos para atraer capitales indispensables a través de la implementación de un programa de crédito sectorial para inversiones canalizado a través del Banco Interamericano de Desarrollo y del Banco Mundial, los cuales brindarían tanto asesoría técnica como respaldo financiero a los programas de privatización y liberalización de los regímenes de inversión. De la misma forma se plantea el establecimiento de un fondo multilateral de inversión para la promoción de medidas generales para la reforma del propio marco de inversión en la región; y c) deuda: buscar mecanismos que permitan un desarrollo equilibrado y adoptar finalmente una estrategia que haga de la deuda una variable manejable. Concretamente se plantean reducciones para países que hayan negociado progra-

mas generales de reforma económica con el FMI o el Banco Mundial, o hayan adoptado reformas con el BID u otras entidades multilaterales o que hayan hecho acuerdos de reducción de deuda con bancos comerciales. Se plantea también la posibilidad de facilitar transacciones de canje de deuda por medidas ambientales, lo que es además una notable innovación financiera.

En síntesis, una propuesta de esta índole implica un cambio positivo en la relación Estados Unidos-América Latina; es la primera vez que una política económica hacia esta región coincide con los intereses de la superpotencia. ¿Es una buena alternativa? A este respecto lo único que puede decirse es que vivimos la "aldeja global" y que aislarse del mundo equivale poco menos que al suicidio.

Marta Jimena Cabrera

HISTORIA DE LA ECONOMIA

John Kenneth Galbraith
Editorial Ariel S.A.
Bogotá, 1992

Considerado como uno de los pocos economistas de izquierda que no han sucumbido ante las tesis de la nueva economía de mercado, John Kenneth Galbraith —el viejo profesor de Harvard— ha reaparecido como escritor, esta vez para ejercer el oficio de historiador de la economía.

Sus libros anteriores, como seguramente ocurrirá con *Historia de la Economía*, nunca pasaron al anonimato. *El Capitalismo Americano* y *La Sociedad Opulenta*, por ejemplo, no

sólo levantaron polvo entre los estudiosos de la economía, sino que llegaron a convertirse en obras de lectura obligatoria entre los neófitos de la ciencia. Galbraith es un escritor divertido y mordaz, virtudes escasas entre la mayoría de los economistas.

En *Historia de la Economía* parece haber llegado más allá; ha escrito una historia excepcional, incomparable, hecha para que, incluso, sus más enconados rivales ideológicos tengan que pasearse entre líneas por cada una de sus oraciones. Galbraith se propuso escribir una historia de la economía que no resultase soberanamente aburrida y ha superado su propia pretensión; es un libro cuyo encanto permite perdonar hasta las más antipáticas opiniones sobre importantes pensadores que, en ocasiones, parecen desbordarse hacia el irrespeto.

No más elogios. Aunque se merece muchos más por esta obra, basta con decir que Galbraith sorprende por su capítulo dedicado a John Maynard Keynes, uno de sus más admirados economistas. Tal gusto no impide que el viejo profesor emprenda un análisis objetivo del pensamiento del autor de la *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, su obra cumbre, para situarlo en un puesto preciso de la historia. Ni más acá ni más allá. Galbraith no sólo reconoce que Keynes tuvo precursores, por lo que no se trata de un genio en solitario como aseguran muchos de sus leales seguidores, sino que otros keynesianos estuvieron por encima de sus argumentos, y que el keynesianismo, finalmente, declinó.

Quizás su dureza se expresa en el primer párrafo del capítulo titulado *Crepúsculo y toque de Oración*: "La política keynesiana era una calle

de dirección única, o más exactamente, una avenida muy cómoda y placentera para ser recorrida cuesta abajo, pero sumamente abrupta y difícil para quienes debían transitarla cuesta arriba... *La Teoría General* de Keynes era eminentemente un tratado relativo a la Gran Depresión". Es una lástima, sin embargo, que Galbraith no hubiese contado que la facilidad en el descenso fue, justamente, lo que creó la cuesta.

La obra de Galbraith puede ser un estudio para conocer o reconocer el camino que se ha recorrido para llegar al presente. Proporciona información. Es su utilidad. Pero no constituye, como cualquier otra historia de la ciencia, un instrumento para comprender el funcionamiento de la economía actual. Dentro de ese presupuesto, el libro de Galbraith, y aunque no se coincida con sus posiciones doctrinarias de largo tiempo, es un libro excelente.

Mario Jaramillo

LA POLITICA DEL REGIMEN DE COALICION. LA EXPERIENCIA DEL FRENTE NACIONAL EN COLOMBIA

Jonathan Hartlyn
Tercer Mundo Editores - CEI
Santafé de Bogotá, 1993

El trabajo de Jonathan Hartlyn sobre el periodo del Frente Nacional es uno de los pocos estudios rigurosos que —quizá por la cercanía del problema— se han hecho alrededor de un tema que es capital en la his-

toria política colombiana del siglo XX y decisivo para la comprensión de la coyuntura presente. Politólogo norteamericano, actualmente vinculado a la Universidad de Carolina del Norte, el autor ha venido haciendo desde hace varios años un seguimiento detallado del proceso político colombiano, seguimiento cuyo resultado es el presente estudio que Tercer Mundo Editores se adelanta hoy a ofrecer a los lectores colombianos, luego de haber sido inicialmente publicado en inglés en 1988.

El trabajo de Hartlyn sobre Colombia se ubica no solamente en el marco de los estudios de política comparada (en desarrollo de la gran veta abierta por Almond y Powell), y en particular de los estudios sobre los regímenes políticos del Tercer Mundo, sino además en el contexto de la reflexión politológica sobre la relación entre regímenes democráticos y sistemas de partidos y, de manera más precisa, en la distinción entre democracias mayoritarias y democracias consociativas o consociacionales. La caracterización, originaria del pensamiento de Arend Lijphart, va muy de la mano de la tipología de los sistemas electorales y apunta a distinguir el caso de sociedades en donde hay predominancia de un partido en virtud de su mayoría electoral, de aquellas en donde varias minorías se coaligan para ejercer el poder. En este último evento tenemos una democracia consociativa, la cual, para Lijphart, tiene dos premisas básicas: primero, que se trate de una "sociedad plural", es decir, aquella que se halla dividida "en subsociedades virtualmente separadas" (vgr Holanda, entre católicos y protestantes; Bélgica, por razones etno-lingüísticas, y Suiza); y segundo, que existan "élites cooperativas", vale decir, como ha

explicado Giovanni Sartori, "solidarias en la neutralización de las tendencias disruptoras de las sociedades segmentadas".

Y tal es precisamente el enfoque de Jonathan Hartlyn en el texto que comentamos: el Frente Nacional como régimen consociativo. En torno a esta concepción subyacerían dos interrogantes básicos: ¿hasta qué punto se puede aplicar la categoría de la consociacionalidad a una sociedad no plural como la colombiana, donde antes que segmentación en "subsociedades" —en los términos de Lijphart arriba descritos— lo que se daba en la coyuntura prefrentenacionalista era una polarización entre partidos? Y, segundo, se entiende que haya cooperación entre las élites en el caso de las sociedades segmentadas, como mecanismo para prevenir y contener el germen conflictual propio de la división; pero, ¿cómo es que se dio esa solidaridad entre las élites en Colombia, cuando, aparentemente, en el período inmediatamente anterior al Frente Nacional la causa del conflicto y de su exacerbación eran ellas mismas y su polarización en banderías partidistas?

En cuanto a lo primero, fácilmente se echa de ver que la visión de Hartlyn sobre la consociacionalidad es mucho más amplia que la de Lijphart, y es así como señala, criticando a este último, que "la aplicación del análisis consociacionista exclusivamente a las 'sociedades plurales' es innecesariamente restrictiva y se ve complicada por la dificultad para distinguir las sociedades plurales de las no plurales". De manera que, en su opinión, la democracia puede ser consociativa aunque la sociedad no sea plural, y tal sería el caso de Colombia bajo el Frente Nacional. Por su

parte, en lo relativo a la cooperación entre las élites, ésta se da, en el caso colombiano, ante la doble amenaza que comenzó a cernirse sobre ellas como consecuencia de terceros factores: la autonomía que empezó a tomar el régimen bonapartista de Rojas Pinilla y la emergencia —en medio de la confrontación— de otros segmentos sociales (en particular campesinos) cuyo malestar y proceso de progresiva independencia respecto de los partidos tradicionales amenazaban con poner en entredicho el régimen señorial. En estas condiciones aparece —para Hartlyn— el pacto consociacionista, que: introduce reglas de juego para el reparto del poder entre unos partidos cuya polarización y equilibrio de fuerzas no se había podido resolver militarmente; permite restablecer la vigencia de las formas democráticas, aunque con manifiestas limitaciones; y, sobre todo, asegura el control del régimen por las élites, superando su hasta entonces irreconciliable disputa.

Ahora bien, enfocar el Frente Nacional a partir de la categoría que venimos describiendo implica adoptar, a efectos del análisis, una perspectiva metodológica en la que, a despecho de los tradicionales prismas totalizantes (que destacan, a la hora de estudiar los regímenes políticos, elementos como la estructura económica, los plexos de relaciones sociales y el entramado de las causas históricas), el énfasis está dado —aunque sin desconocer la importancia de la totalidad— en los factores propiamente políticos concebidos como "variables independientes", es decir, como relativamente autónomos. Estos factores —que desde el punto de vista de la espacialidad social resultan ser intermedios entre el Estado y la esfera de la vida material y cultural— incluyen a los parti-

dos, los grupos de interés, la organización electoral, los patrones de reclutamiento de los dirigentes, etcétera.

Bajo esta luz, la lectura consociacionista de Hartlyn —que se extiende a todo lo largo del Frente Nacional incluyendo la prolongación que discurre, a caballo del artículo 120 de la Constitución de 1886, hasta el gobierno de Virgilio Barco— permite ya no sólo hacer una apreciación alternativa del proceso en su conjunto sino evaluar el nivel de organización de la sociedad civil colombiana y la fortaleza del Estado (ambos muy reducidos), a través del análisis puntual del papel de los gremios, el vigor de las prácticas clientelistas, el rol de las Fuerzas Armadas, las claves de la formulación de las políticas económicas y el impacto social de las mismas, y la incidencia del fenómeno guerrillero y del narcotráfico sobre un Estado de por sí frágil.

En medio de todo este panorama de hondas dificultades Hartlyn constata, sin embargo, la existencia, en el régimen, de potencialidades aireadoras de cara a la autorreforma y la ampliación de la participación, constatación que luego sería corroborada fácticamente con la Constitución de 1991. Así, pues, aunque la construcción de la democracia depende, entre otras cosas, de la fortaleza de la sociedad civil, de las instituciones políticas y del sistema de partidos, elementos todos que no se dan entre nosotros y que el proceso de violencia que experimentamos ha terminado de descomponer, sin embargo queda aún un cierto espacio para las tendencias de sentido positivo. Como sintetiza el propio Hartlyn, "el proceso político colombiano ha confundido a los pe-

simistas y desilusionado a los optimistas".

Julio Rafael Quiñones Páez

**DEL PODER
Y LA GRAMÁTICA**
Malcolm Deas
Tercer Mundo Editores
Bogotá, 1993

Antes de que el interés por García Márquez volcara la atención de profesores de universidades extranjeras —principalmente estadounidenses— sobre la literatura colombiana; aun antes de que los biólogos de lugares donde cae la nieve se dedicaran con excepcional ahínco a la investigación acerca de nuestros coleópteros —acaso el recurso local más estudiado después de Gabo—; mucho antes, unos profesores, sobre todo historiadores, se habían acercado a nuestra realidad y a nuestro pasado, como James J. Parsons, Frank Safford y David Bushnell, entre otros. Hubo otros, sí, pero a la vez que Colombia seguía mercediendo el mote que le adjudicó un embajador francés a principios de siglo —el Tíbet de Suramérica—, también pocos extranjeros se interesaban en un país que no poseía ningún bien estratégico y ni siquiera podía exhibir el prestigio que significa poseer ruinas arqueológicas de piedra.

En ese contexto, en 1963 llegó por primera vez al país un joven *scholar* inglés de 22 años. "Todo me pareció curioso e inexplicable". En los siguientes treinta años, Malcolm Deas ha vuelto tantas veces que ya tiene una casa en Bogotá y otra en Oxford; allí en *St. Anthony's College*, fue uno

de los fundadores del Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Oxford, que ha dirigido en varios periodos.

Existe una tradición mayor de ensayistas ingleses. De Swift a Bertrand Russel, de De Quincey a Chesterton, de Stevenson a Orwell: nombres clásicos de uno de los platos más exquisitos de la literatura, el ensayo, y sus principales valores han tenido la virtud de colarse a lo más selecto del ensayo académico, al tono de los historiadores y críticos: la capacidad para examinar los temas desde el principio, sin ideas preconcebidas y desmontando sin piedad las que existan, con el suficiente humor para considerar la provisionalidad de los juicios y para resaltar las paradojas.

No en vano Lewis Carroll y Oscar Wilde forman parte de la tradición de Oxford. Y Deas ha asimilado esta tradición hasta el punto confortable en que *Del poder y la gramática* se lee con fluidez y con algunas sonrisas, producto de un estilo descomplicado, pero no por ello muy riguroso en el terreno propio de la historia. En especial, merece destacarse su adición a la información antes que a las interpretaciones: "para explicar primero es necesario describir con toda la minuciosidad posible. El gusto por el detalle no me parece un gusto frívolo; el poeta William Blake aspiraba a 'ver un mundo en un grano de arena', y el historiador puede tener la misma aspiración. No me gusta el antagonismo entre 'vieja historia' y 'nueva historia'; hay que hacer nueva historia: económica, popular, profesional, cosmopolita, comparativa, de archivo, rigurosa... pero eso no implica el rechazo de la vieja... Los archivos son fundamentales (todavía hay tanto por hacer para rescatar el

archivo republicano de Colombia), pero muchas cosas no se encuentran en ellos. Hay que leer mucho libro viejo —malo y bueno— y la prensa, muy poco explotada hasta ahora...".

Del poder y la gramática reúne una antología de 11 ensayos publicados en los últimos veinte años por el profesor Deas, si bien la mayoría datan del último decenio. El que le da su título al libro, responde a una pregunta que Deas plantea así: "¿Cómo pudo ocurrir que cuatro personas, conectadas por una sola librería, se convirtieran en presidentes de la nación en un lapso de treinta años?". Contestando, Deas aprovecha para mostrar las frecuentes conexiones de la gramática con el poder y los vínculos que unos letrados querían mantener con el pasado español. La debilidad institucional del Estado adquiere característica mensurable a través del estudio sobre la hacienda pública durante el siglo XIX y también del relato de una guerra civil a través de los movimientos de un Gaitán Obeso. Allí, en una de sus picantes notas de pie de página, se halla una cita de Camacho Roldán: "proporción de la sociabilidad expresada por la correspondencia epistolar entre los habitantes de Inglaterra y los de Colombia: 500 a 1".

Para legos y especialistas

De historia de la literatura, el volumen trae un ensayo acerca de las relaciones de Joseph Conrad con Colombia y otro sobre Vargas Vila, cuyo renombre explica por la hostilidad del clero: "tuvo la ventaja de ser autor de quien hablaban mal desde el púlpito". De historia empresarial el libro contiene un ensayo excelente sobre la hacienda Santa Bárbara, basado en la correspondencia entre el propietario y el administrador.

Acaso el texto más a contracorriente sea el referente a "la presencia de la política nacional en la vida provinciana, pueblerina y rural de Colombia en el primer siglo de la república", en el que plantea preguntas tales como ¿hasta qué punto se puede hablar de una política nacional en el primer siglo de vida republicana?... ¿cuál fue el impacto popular de la independencia?... ¿dónde pueden hallarse fuentes en este campo tan difícil que es el pensamiento político de los humildes?". Estas son apenas tres de las muchas preguntas que enuncia. Deas halla rasgos de la presencia del aparato estatal en el siglo pasado en toda la nación, en campos tales como el régimen fiscal, la cuestión de la esclavitud, la legislación sobre tierras, el reclutamiento para el ejército, la cuestión indígena, las aduanas, los correos, etcetera; también encuentra un sistema de comunicaciones y esta otra evidencia: "la gente en Colombia habla, y ha hablado durante

siglos, la misma lengua desde La Guajira hasta el Carchi, por no decir más allá. No hay grandes obstáculos lingüísticos que se opongan a la unidad nacional. Esto no sucede en toda América Latina; no es lo mismo en México, Guatemala, Ecuador, Perú, Bolivia, Paraguay. Tampoco es el caso en ciertas naciones de Europa: sería posible argumentar que Italia o incluso Francia tenían menos unidad lingüística en el siglo pasado que la pobre Nueva Granada con todas sus pintorescas excepciones".

Un libro para especialistas en historia —por la información nueva que trae, por las fuentes que descubre, por sus enfoques nuevos—, y también un libro para simples legos que se tocarán de un libro muy serio de un historiador profesional que se lee con facilidad porque tiene la gracia del humor y la fluidez de quien no se toma nunca demasiado en serio.

Dario Jaramillo Agudelo